



MERCADO MUNICIPAL DEL PUERTO DE MAZARRÓN (MURCIA)

Todo por un puesto

ATAULFO SANZ

Dicen que entre padre e hijo siempre hay un muro de al menos tres metros de ancho y tres metros de alto. En el caso de mi padre y yo, ese muro tenía además una longitud de 450 kilómetros, justo la distancia que separa Mazarrón, el pueblo de mi padre, de la ciudad donde yo vivía.

Cuando aquella mañana, en medio de una importante reunión de trabajo, me llamaron por teléfono, no podía imaginar que unas horas más tarde me iba a encontrar en plena autopista de la costa conduciendo hacia Murcia.

—¿Puedo pasar, señor Sánchez?— preguntó cadenciosamente mi secretaria mientras llamaba a la puerta de mi oficina. Tiene usted una llamada urgente.

—¡Carolina!— grité yo. ¡Le he dicho antes que no me molestasen baje ningún concepto! Espeté mientras miraba airadamente a mi secretaria con el beneplácito del cliente que tenía sentado frente a mí.

—Sí...., ¡pero es que me han dicho que es muy, muy urgente.....!— volvió a argumentar ella con esa voz de pito que siempre me había parecido fascinante. Creo que es alguien de Murcia que quiere hablarle de su padre.....

Mi PADRE..... Una palabra, cinco letras, que hacía más de 15 años que yo no pronunciaba. De hecho, ni siquiera mi mujer sabía que yo tenía padre.

Cuando Carolina soltó sin previo aviso el mensaje que traía, lo primero que me pasó por la cabeza fue levantarme y echarla del despacho, pero luego, pensando en la reputación de la empresa, me calmé y disculpándome ante mi cliente salí empujando suavemente a Carolina que seguía abrazada al picaporte mirándome con cara de pena.

—¿Pero tú que te has creído?— le espeté a la pobre al cerrar tras de mí la puerta. ¡No te he dicho que tengo una reunión importantísima y que nada ni nadie podría molestarme esta mañana! ¿Cómo hay que decir aquí las cosas, eh? ¿O es que nos creemos más listos que nadie?...

Carolina estaba horrorizada. La pobre no articulaba palabra y sólo hacia que apuntar con el dedo el teléfono de su mesa que estaba descolgado.

Unos segundos después del primer repente, comprendí que Carolina quería decirme que alguien esperaba al otro lado de la línea. Me senté en su mesa, tomé el teléfono, respiré hondo y respondí:

—¿Con quién hablo, por favor?—.

—¿Andresito?— respondió una voz que me resultaba vagamente familiar. —Eres tú, Andresito?

Hacia mucho tiempo que nadie me llamaba por mi diminutivo ni aun en broma, así es que enseguida comprendí que al otro lado había una persona que me conoció de niño.

—Soy Andrés Sánchez. —Con quién hablo?

—Soy el tío Francisco, hijo. —No me reconoces?

Cuando me dijo su nombre, me dejó helado. El tío Francisco no era propiamente un tío mío, pero sin embargo era mucho más que eso. Trabajaba con mi padre vendiendo pescado por las calles y para mí fue tío, primo, hermano, amigo y todo lo que puede ser una persona mayor para un niño que se ha quedado sin madre de repente.

—Sí, sí, te recuerdo. —¿Cómo estas Francisco?— respondí yo tratando de no mostrar mucho interés.

—Yo bien, a Dios gracias. Con los achaques de la edad y todo eso, pero... bueno, yo te he llamado porque tengo que darte una mala noticia, hijo.

Francisco se paró en seco. Al otro lado del teléfono yo oía una especie de carraspeo o de sollozo que me hacía suponer que algo grave iba a contarme.

—Andresito —continuó él muy solemne— tengo la triste obligación de comunicarte que tu padre ha muerto.

Después de decir esto, el tío Francisco se derrumbó. A sus setenta y pico años, el hombre empezó a llorar como si fuera un niño mientras yo me quedaba impasible, sujetando el teléfono, como si conmigo no fuera la cosa. Esperé unos segundos, que se me hicieron eternos, y traté de reconducir la conversación a pesar de que el tío Francisco seguía llorando.

—Francisco..., ¿estás bien?— pregunté finalmente —. ¿Cuándo fue lo de mi padre?

—Anoche mismo, hijo. He tratado de localizarte, pero nadie tenía señas de ti. Al final, la hija de Rabal me dijo que tenía un teléfono tuyo de hace muchos años, y así tirando de la manta, he conseguido dar contigo esta mañana.

El tío Francisco volvió a ponerse a llorar. Para mí, acostumbrado a ser como una piedra, las lágrimas de los otros me ponían nervioso. En esos momentos yo no sabía qué decir ni qué hacer y al recordar de pronto que tenía a un cliente en mi despacho le dije al pobre hombre que me perdonara porque tenía algo muy importante que terminar y que le llamaría luego.



—¿Qué llamar ni qué leches? —gritó encolerizado el tío Francisco— ¡Ahora mismo te pones en camino y te vienes para acá porque a tú padre no se le entierra hasta que tú no llegues!. ¡Ya lo sabes!

Intenté argumentar una disculpa, pero el tío Francisco colgó el teléfono y me dejó con la palabra en la boca, mirando a Carolina, que se había acercado sigilosamente hasta donde yo estaba e intuyendo lo que pasaba no dejaba de llorar como si ella también fuera de la familia.

Nada más colgar el teléfono, Carolina se abalanzó sobre mí para abrazarme y expresar sus condolencias. Sin tiempo para reaccionar, uno tras otro todos los compañeros de la oficina se fueron acercando para darme el pésame, advertidos por la eficiente Carolina de que mi padre había muerto.

Sin querer ser descortés, daba las gracias con premura y con la mano apuntaba la puerta indicando con los gestos de mi cara que detrás de ella esperaba desde hacía media hora un futuro cliente al que no podíamos perder.

Cuando todos acabaron, yo entré por fin en mi despacho y me disculpé lo mejor que pude. Cerré el trato, no sin antes contarle lo que me acababa de pasar, pues estas cosas ablandan a cualquiera— y recogí mis cosas. Mientras me preparaba, Carolina volvió a llamar a mi puerta.

—Señor Sánchez, me he permitido llamar a su señora para explicarle todo— me dijo ella, muy segura de sí misma— También le he reservado un billete en el próximo avión que llega a San Javier porque en su estado no es recomendable que conduzca. Su señora me ha dicho que es mejor que vaya usted solo porque tiene algo inaplazable que hacer esta tarde con sus amigas de club.

Mientras Carolina me organizaba la vida yo pensaba en mi padre, en la última vez que le vi y en por qué me había marchado de Murcia. Yo tenía unos 17 años y había conseguido tener unos ahorrillos a base de trabajar mucho para poder ir a la universidad. Un día acudí al banco y comprobé con sorpresa que mi padre había sacado todo ese dinero sin decirme nada. Cuando llegué a casa la bronca fue terrible. Le pedí que me lo aclarara, pero mi padre era de esos que piensan que a un hijo no hay por qué darle explicaciones, así que, sin pensarla dos veces, opté por marcharme.

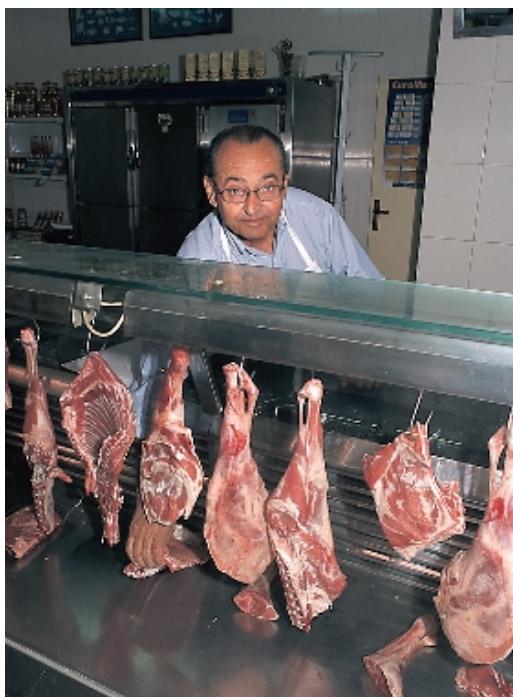
—Anule lo del tren, Carolina, me voy en coche. Y si llama mi mujer, dígale..... Bueno, mejor no le diga nada.

Salí dando un portazo de mi oficina, cabreado con mi secretaria por meterse en todo; con mi mujer por considerar más importantes sus citas de burguesa acomodada que el entierro de su suegro y también conmigo mismo, por haber descuidado tanto la relación con mi padre, que al fin y al cabo era la única familia que me quedaba en el mundo.

La autopista me llevó a Murcia en poco más de cuatro horas y desde allí, sin parar, seguí hasta Mazarrón. A pesar de la velocidad y de estar concentrado en mis propios recuerdos, me di perfecta cuenta de que en todos estos años las cosas por allí había cambiado mucho, y no sólo en las carreteras.

Llegué al pueblo casi de noche y entre la falta de luz y lo que había cambiado, me encontré totalmente desorientado. Avancé con el coche muy despacio por la avenida de la Constitución





y sin darme apenas cuenta llegué hasta el faro del puerto. Desde allí, mirando hacia la costa se divisaba un pueblo enorme, casas y casas que se extendían a lo largo de las playas donde tantas veces me había bañado de niño.

Aunque aquello no era ni por asomo lo que yo dejé, el olor a mar me transportó a mi infancia y recordé mirando al horizonte las cajas y cajas de pescado que había cargado con mi padre en el pasado.

En aquellos años nosotros vendíamos pescado por las calles en una pequeña furgoneta que conducía mi padre. Cuando mi madre murió y yo empecé a ir al instituto, el tío Francisco se incorporó a la empresa y era él quien ayudaba al viejo en la venta y quien me ayudaba a mí en la casa.

Como no tenía familia, Francisco comía y vivía con nosotros. Decía que era casi pariente de mi madre y que habían crecido juntos en un pueblo cercano a Mazarrón.

—¿Andresito?— preguntó tímidamente un hombre enjuto que se aproximaba a mí desde el otro lado de la calle.

—¿Tío Francisco?— respondí yo con la total seguridad de que la respuesta iba a ser afirmativa. ¿Cómo me has encontrado?

—Hombre, llevo más de una hora esperándote. Calculé que saldrías de Madrid cuando colgué el teléfono y que llegarías aquí al caer la tarde.

—Pero ¿cómo sabías que iba a venir precisamente al faro?

—La intuición, hijo. ¡Y que además te conozco desde que eras un mocoso! ¿O es que ya no te acuerdas que cada vez que te perdías era aquí donde siempre te encontrábamos?

La verdad es que no me acordaba, pero al decirlo Francisco me vinieron a la memoria los muchos ratos pasados contemplando el ir y venir de las barcas y el trajinar de la gente y de los marineros.

El tío Francisco me preguntó por el viaje, por mi trabajo, por mi familia y por todo lo que se le ocurrió. A través de sus preguntas comprendí que el tío conocía más o menos mi vida y que por mucho que te quieras esconder, nunca puedes ocultarte del todo. En Madrid había mucha gente de mi pueblo que volvía en vacaciones contando lo que sabían e inventando el resto.

Nos subimos en el coche y nos pusimos en marcha. Al tío no le entraba en la cabeza que mi mujer no hubiese venido conmigo y la verdad es que mis explicaciones no le debieron resultar demasiado convincentes pues tras ellas, él se quedó murmurando algo así como “malo, malo, malo....”, hasta que se quedó medio dormido.

Ana y yo llevábamos entonces ocho años casados. Al poco tiempo de escapar de Mazarrón, llegué a Madrid y comencé a trabajar en lo que me iba saliendo. Desde que me fui de casa mi intención era estudiar informática, así que me preparé y al año siguiente ya estaba en la universidad por la mañana y trabajando por las tardes. Ana era hermana de un compañero de clase al que yo le pasaba apuntes. Al principio quedábamos su hermano y yo pero una tarde que él no pudo venir mandó a Ana en su lugar y desde entonces y hasta que nos casamos, siempre vino ella.

Los primeros años fueron muy difíciles porque yo todavía no había terminado la carrera y no ganábamos mucho, pero como los males eran

compartidos, lo sobrellevábamos muy bien. Éramos (al menos yo lo era) muy felices, pero cuando empecé a trabajar y el dinero nos llegó con facilidad, poco a poco nos fuimos distanciando. Ella tenía su club, sus amigas y yo tenía mi empresa y ... ¡mi empresa!

Francisco se había instalado cómodamente en el asiento del copiloto y ya comenzaba a roncar cuando llegamos a la casa de mi padre. Como supe más tarde, él había muerto en su cama en la misma habitación donde había dormido durante casi toda su vida. La casa estaba igual que antes, aunque más vieja y más sucia. En la entrada, hombres y mujeres se entretenían charlando mientras velaban el cadáver de mi padre. El tío Francisco se abrió paso y me llevó hasta la habitación. En el centro habían puesto el féretro y a su lado un enorme crucifijo de madera.

No había nadie, pero a los pocos minutos de estar yo allí la sala se fue llenando de gente que me abrazaba y me daba ánimo con sus palabras. Entre pésames, saludos y demás, las horas fueron pasando. En esa noche, me enteré de cómo habían sido los últimos años de la vida de mi padre y de cómo la gente, sus vecinos y sus amigos, le quería. Parece que el hombre que yo recordaba no tenía nada que ver con el que se había muerto, aunque ambos fuesen la misma persona.

Después del entierro, el tío y yo estuvimos paseando. Como sin querer, él me llevó hacia la zona de la Torre Vieja y después de dar un rodeo por la estación de autobuses y el centro médico, entramos en un mercado que yo no conocía y que a esas horas de la mañana hervía de actividad.

El edificio parecía una mezquita de los Cuentos de la Alhambra, que tenía su minarete en una vecina torre con reloj. Los puestos se agrupaban alrededor de un patio central en el que había instaladas sillas y mesas de un bar cercano. Hacia ellas nos dirigimos y el tío Francisco, después de obligarme a sentarme, se acercó al mostrador para pedir algo.

—¡Ya no les dejan vender la cazalla! — ¿qué te parece? — me dijo cuando volvió a la mesa. Ahora dicen que todas las bebidas tienen que estar etiquetadas, ¡cómo si con las etiquetas no se engañara a la gente! . Bueno, ¿qué te parece? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos—.

—Qué me parece el qué? — respondí yo sin saber a santo de qué venía la pregunta.

—¡Pues el mercado, hombre! Para eso te he traído hasta aquí.

Eché una rápida mirada alrededor y sin entender todavía el sentido de la pregunta balbucee algo así como “muy bien”. Había visto al entrar varias fruterías a cuyas puertas se apilaban melones, sandías y tomates. También había visto varios puestos de pescado, una panadería y alguna tienda más en la que se vendía carne y productos de charcutería.

—¿Ves ese puesto de allí? — me preguntó el tío Francisco señalando con el dedo hacia uno de los lados del mercado.

—¿Qué puesto?

—Ese que está cerrado

—Sí, lo veo — pregunté yo sin salir de mi asombro.

—Pues es tuyo — sentenció por fin el tío, como si acabara de descargar de un gran peso.





—¿Cómo que es mío?

—¿Tú recuerdas que poco antes de que te marcharas de casa tu padre sacó el dinero que tenías en el banco?.

Al decirme todo aquello, comprendí de repente lo que había pasado y un montón de imágenes se agolparon en mi mente. Recordé entonces que mi padre hablaba mucho de la necesidad de establecerse y de dejar la venta ambulante, de lo importante que era tener un sitio propio, etc. Entonces ni se me pasó por la imaginación que él hubiera pensado en tener su propio puesto en el mercado y lo que creí fue que había sacado el dinero para gastarlo de cualquier manera aprovechándose de mi sacrificio.

—¿Pero por qué no dijo nada en todos estos años?— pregunté sin dejar de mirar el puesto del mercado.

—Él era así— acertó a responder el tío Francisco.

Tras esta críptica respuesta, ambos nos quedamos en silencio. El tío mirando fijamente el vaso que sostenía entre sus manos y yo el puesto que seguía cerrado. No sé cuánto estuvimos así, pero sí sé que me

dio tiempo a pensar en las tonterías que había hecho hasta llegar allí. Pensé en lo necio que había sido al abandonar mi casa y mi pueblo sin esperar una respuesta a mis preguntas y pensé también en mi matrimonio y en el poco sentido que tenía seguir con la vida que llevaba.

De repente, el tío dejó el vaso sobre la mesa de plástico y como si estuviera leyéndome el pensamiento preguntó:

—¿Y ahora qué piensas hacer?.

Yo le miré a los ojos, volví la vista hacia el puesto y respondí lleno de alegría:

—¡Pues abrirllo! ●

ATAULFO SANZ
PERIODISTA

MERCADO MUNICIPAL DE PUERTO DE MAZARRÓN (MURCIA)

El Mercado Municipal de Puerto de Mazarrón, en el municipio murciano del mismo nombre, se inauguró en los terrenos cedidos por la familia de José Alarcón Palacios en 1988, como consta en un mosaico de azulejos fijados en las puertas de acceso. El edificio, que tiene un cierto aire de zoco árabe, alberga varias pescaderías, fruterías y otras tiendas alineadas alrededor de un gran patio central. Debido al carácter turístico de esta población, el Mercado alcanza su mayor actividad en los meses centrales del año.

